

Coordenadas históricas de Miguel de Cervantes

Francisco Sánchez de Haro

Resumen: Este trabajo tiene como finalidad ofrecer un panorama de las circunstancias históricas concretas en las que desarrolló su ciclo vital Miguel de Cervantes, así como su trasfondo.

Palabras clave: coordenadas históricas; Miguel de Cervantes.

Códigos JEL: B11.

"La historia es émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo del pasado, ejemplo y aviso del presente, advertencia de lo por venir". Con estas acertadas palabras definía la historia el creador del Quijote, disciplina del saber a la que daba, por lo tanto, el máximo crédito como herramienta que puede ayudar al hombre a entender las claves del presente a través del conocimiento del pasado y así intuir lo que tal vez traiga el futuro. En efecto, nadie duda de la importancia de la Historia y sobre todo de la enorme influencia que los grandes hechos históricos generales llegan a tener en la historia particular de cada ser humano. Al fin y al cabo el hombre no es solo el producto de sus actos y decisiones individuales sino también del momento histórico que le haya tocado vivir. Y, como no podía ser de otra manera, la vida y obras de Don Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616) estuvieron influidas poderosamente por las circunstancias históricas concretas en las que desarrolló su ciclo vital, el cual se inició en pleno apogeo del poderío hispánico como indiscutible potencia mundial para acabar cuando los primeros síntomas de la decadencia de la Monarquía Católica ya eran evidentes. En los párrafos siguientes vamos a tratar de conocer el trasfondo histórico cervantino. Época de nuestra historia a la vez tan admirada como denostada, tan llena de luces como de sombras, tiempo de conquistadores de leyenda pero también de "leyendas negras", de cismas religiosos irreversibles, de creaciones artísticas portentosas, de descubrimientos geográficos fundamentales y de intolerancia sin límites. Un siglo apasionante. El gran siglo de España. El siglo de Cervantes.

1. Antecedentes

En 1517, tras la muerte de Fernando el Católico, su nieto Carlos de Habsburgo, nacido con el siglo, hereda el trono de España (aunque más correcto sería decir de "las Españas" dado el carácter plural de un "reino de reinos" donde los diversos territorios que lo formaban mantenían cada cual sus fueros y características sociales propias y donde las ligazones interterritoriales aún estaban lejos de formar un estado unificado). Por una serie de combinaciones hereditarias en apenas unos años acabará por tener

bajo su dominio una inmensa herencia territorial que incluía Flandes, la dignidad imperial en Alemania, buena parte de Italia, un Nuevo Mundo cada vez más extenso y diversas posesiones repartidas por Europa y el Mediterráneo. De esta forma pasaría a la historia como Carlos I de España y V de Alemania. Consciente de su posición exclusiva aspiró a ser una especie de nuevo Carlomagno que unificaría a toda la Cristiandad bajo su tutela. Pero su sueño se tornó irrealizable frente a un papado celoso de su autonomía, la herejía protestante, la amenaza de los turcos en el Mediterráneo y especialmente por la beligerancia de otro monarca ambicioso: Francisco I, rey de Francia desde 1515. El enfrentamiento entre ambos rivales por el control del tablero europeo se materializó en varias guerras con epicentro en Italia. En estas guerras tomarán forma los famosos Tercios, eficacísimas unidades de infantería que causarían temor y admiración a partes iguales en Europa durante más de un siglo. Francisco I nunca pudo doblegar al Emperador pero jamás se dio por vencido. Y esa tenacidad provocaba en ocasiones el agotamiento económico de la Monarquía Hispánica con tantos frentes bélicos que atender a la vez. Poco después de cada tratado de paz entre Carlos y Francisco éste último comenzaba a buscar cualquier oportunidad para atacar de nuevo a su rival incluyendo la conspiración con turcos o protestantes a pesar de ser formalmente un rey católico. La rivalidad franco-española no quedaría resuelta hasta 1557 ya en tiempos de Felipe II.

Mientras tanto un puñado de aventureros castellanos¹ iba construyendo todo un imperio en el Nuevo Mundo combinando ambición, valentía, oportunismo y falta de escrúpulos en una de las conquistas más increíbles de la historia. De sus nuevos dominios transoceánicos es de donde más alegrías recibirá Carlos V. Las minas de oro y plata de las Indias serían claves para financiar las costosísimas campañas bélicas en Europa y el Mediterráneo. En este mar los turcos otomanos y los piratas berberiscos que actuaban bajo la protección

¹ Hernán Cortés conquistó el Imperio Azteca en 1521 y Pizarro el Inca en 1533.

de la *Sublime Puerta*² se habían hecho fuertes hostigando el comercio internacional. En ocasiones las incursiones otomanas llegaban a los puertos españoles del Levante y la costa mediterránea andaluza donde provocaban grandes calamidades a la población local encontrando en ocasiones el apoyo de parte de la población de origen morisco³ tan abundante en esas áreas del país. De todos los corsarios de Berbería⁴ el más temible fue el mítico Jereiddin Barbaroja (1475-1546). El emperador trató en diversos momentos de su reinado acabar con el problema con resultados poco satisfactorios.

Paralelamente Carlos V tuvo que encarar la aparición del protestantismo. Fue quizá este conflicto el que más acabó por agotar el espíritu del emperador. Hombre de fortísimas convicciones cristianas, nunca pudo entender que se produjera un cisma en la Iglesia que acabó por mostrarse irresoluble. Debe señalarse que desde tiempos bajomedievales la Iglesia venía arrastrando un deterioro progresivo claramente visible en los abusos y corrupción del alto clero y de la curia romana con el papa a su cabeza. Hacía falta una profunda renovación de la institución. Pero esa necesaria regeneración acabaría en ruptura definitiva con la aparición de nuevos credos cristianos en diversos puntos de Europa. El sacerdote agustino Martín Lutero inició el movimiento protestante en Alemania en 1517. Pronto encontró el apoyo de diversos príncipes alemanes ávidos por apropiarse de las grandes propiedades de la Iglesia así como de parte de un campesinado que vio en Lutero a su paladín contra las innumerables injusticias que sufría. Carlos, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, máximo protector de la Cristiandad, no podía tolerar la ruptura. De nada sirvieron las conferencias generales patrocinadas por el emperador para tratar la cuestión religiosa de manera pacífica⁵. Alemania estaba condenada a un enfrentamiento armado. En la batalla de Mühlberg (1547) los católicos, dirigidos por el emperador en persona, obtuvieron una gran victoria sobre los protestantes pero la desconfianza de los príncipes católicos alemanes en un emperador que pudiera alcanzar demasiado poder acabó por dejar aquel triunfo en nada. En la Paz de Augsburgo (1555) quedaba consagrada la división religiosa de Alemania. El cristianismo no católico se extendió por buena parte del continente con diversas variantes: luteranismo en Alemania, calvinismo en Suiza y diversas zonas de Francia (conocidos como

hugonotes), anglicanismo en Inglaterra. La Cristiandad se había roto para siempre.

Las interminables luchas contra Francia, contra los herejes protestantes, contra el acoso turco; ninguna de ellas acabaron por solventarse con una victoria definitiva. Eran demasiados frentes abiertos. En 1556⁶, cansado de sus obligaciones, envejecido y desengañado, el Emperador abdicó la dignidad imperial en su hermano Fernando mientras a su hijo Felipe le cedía los territorios de la Corona Hispánica, Italia y Flandes. Un Cervantes niño, residente aquellos años en Valladolid, aún ignoraba que acabaría sirviendo al nuevo rey de las Españas en más de una ocasión y no precisamente con muy buena fortuna.

2. Bajo el reinado del Rey Prudente

Felipe II (rey hasta su muerte en 1598) fue, en muchos aspectos, muy distinto a su padre. Si Carlos fue un hombre de acción, Felipe lo fue de reflexión tomando sus decisiones de gobierno tras haberse asegurado que conocía todos o al menos los detalles más importantes del asunto a tratar⁷. El emperador tenía alma de guerrero, el hijo, de burócrata. Pero los dos tenían algo en común: una profunda fe católica. A diferencia de Carlos V, una vez instalado en el trono, Felipe no abandonó la Península Ibérica haciendo de Castilla el centro de sus dominios mundiales⁸ y aunque en numerosas ocasiones la posteridad lo haya juzgado negativamente sus coetáneos (tanto aliados como enemigos) coincidieron en tomarlo por lo que realmente fue: un titán poderoso cuyas decisiones afectaban para bien o para mal a buena parte del orbe. Bajo su poder la Monarquía Hispánica alcanzó su máximo poder siendo lo que nunca nadie había sido antes: un imperio global presente en los cinco continentes. Felipe II dirigió personalmente sus vastos dominios atendiendo tanto a los grandes asuntos como a los más nimios con idéntico interés mostrando una capacidad de trabajo demoledora. Tres fueron las directrices básicas de su reinado: defensa del catolicismo, quebrar el poderío turco en el Mediterráneo y conservar intacta la inmensa herencia recibida consolidando la hegemonía hispánica frente a sus rivales. Europa había quedado irremediabilmente dividida tras la Reforma protestante y Felipe II será, como ya lo fue su padre, el campeón del catolicismo. En el Concilio de Trento (1545-1563) la Iglesia Católica Romana trató de afrontar globalmente los problemas de la reforma protestante a la vez que se sentaron las bases para llevar a cabo la urgente renovación que necesitaba el catolicismo. Surgió así la "*Contrarreforma*": la transformación de toda la Iglesia bajo un mismo

² Con esta expresión se aludía al gobierno imperial turco; era la entrada del palacio del Gran Visir en Estambul.

³ Musulmanes o descendientes de musulmanes convertidos al cristianismo que en la práctica continuaban con sus costumbres islámicas tradicionales constituyendo un grupo social aparte.

⁴ Nombre con el que se conocía la costa norteafricana desde Marruecos hasta Libia.

⁵ Dietas de Worms (1521), de Spira (1526 y 1529) y de Augsburgo (1530).

⁶ Fallecería dos años después retirado en el monasterio de Yuste (Extremadura).

⁷ De ahí el apelativo de "el Rey Prudente".

⁸ Eligió la villa de Madrid como sede permanente de la Corte en 1561.

modelo en un proceso de unidad y universalidad. Mantener la más absoluta ortodoxia católica dentro de las fronteras del imperio hispánico se convirtió en una preocupación colectiva. No hay que olvidar el hecho de que en España el número de cristianos “nuevos” era muy numeroso (judíos y musulmanes convertidos recientemente al cristianismo y que levantaban sospechas sobre la autenticidad de dicha conversión). El expediente de “limpieza de sangre”, es decir, poder demostrar documentalmente que los cuatro abuelos eran cristianos “puros” sin “contaminados” orígenes judíos o musulmanes, era un blasón que otorgaba un enorme prestigio social siendo igualmente documento obligatorio para poder aspirar a casi la totalidad de cargos públicos, cátedras universitarias, estamentos militares... Artistas, intelectuales, funcionarios o miembros del clero, nadie estaba libre de ser señalado por su orígenes, pues en todos estos colectivos la presencia de judeoconvertos era notable. En realidad muchas de las grandes personalidades españolas de la época tenían orígenes judíos. Parece indiscutible que el propio Cervantes tuvo antepasados judíos. Los “autos de fe”, quema pública de los condenados por herejía, fueron frecuentes durante los siglos XVI y XVII. La presencia de pequeños grupos de protestantes en Sevilla y Valladolid fue resuelta sin contemplaciones con varios multitudinarios autos de fe entre 1559 y 1562. El riesgo de extensión de la heterodoxia quedó de esta forma cortado de raíz. Una férrea censura previa fue implantada⁹. Los reinos hispánicos quedaron prácticamente blindados frente a cualquier publicación sospechosa de atentar contra el dogma católico. España encontró así una de sus primeras características nacionales: la defensa a ultranza de la fe “verdadera”. Aunque esta tendencia a la represión religiosa no fue en absoluto un rasgo exclusivo de nuestro país. Si algo caracterizó a Europa entera sin excepción a partir del siglo XVI fue la intolerancia religiosa desde Escandinavia a Gibraltar. La Inquisición, creada en tiempos de los Reyes Católicos, fue ganando en este contexto de intransigencia un papel preponderante en la sociedad; de hecho fue una de las primeras instituciones con implantación plena en todos los reinos peninsulares por encima de particularidades y privilegios regionales.

Uno de los primeros problemas exteriores a los que tuvo que enfrentarse Felipe II fue la reanudación de las hostilidades con Francia. Enrique II, heredero del belicoso Francisco I, fallecido en 1547, ansiaba conquistar el Milanesado y expulsar a los españoles del reino de Nápoles. Desde Flandes el nuevo monarca español organizó un ataque directo al norte de Francia. El 10 de Agosto de 1557 las tropas españolas obtuvieron una indiscutible victoria en la batalla de San Quintín, capital de la región de

Picardía, clave estratégica del norte de Francia. Definitivamente, tras medio siglo de luchas, nuestros vecinos tuvieron que claudicar ante el poderío de los Habsburgo. Para conmemorar su victoria Felipe II mandó construir el palacio de San Lorenzo del Escorial, impresionante ejemplo de la arquitectura renacentista en España y recordatorio en su tiempo y en los venideros del poder alcanzado por la Monarquía Hispánica. El tratado de paz de Cateau-Cambresis de 1559 confirmó la hegemonía española en Europa mientras Francia inició una época de recogimiento enfrascada en luchas dinásticas y religiosas de hondo calado. Fue el tratado de mayor importancia de la Europa del siglo XVI, por la duración de sus acuerdos, que estarán vigentes durante un siglo, y porque darían paso a una nueva situación internacional. Supuso un desplazamiento de los problemas entre potencias hacia Occidente, gravitación aún más acentuada por la unión de Portugal a la Monarquía Hispánica en 1580. Los tratados de Cateau-Cambresis significarán un largo período de tranquilidad en la península italiana, tras el asentamiento definitivo del poder español sobre buena parte del territorio y los problemas interiores franceses. Cuando en la segunda mitad del siglo XVII la situación cambie y la decadencia española sea evidente, Francia estaría entonces más interesada por otras áreas geográficas. De esta forma hasta el siglo XVIII la atomizada Italia, dividida en numerosos pequeños estados, podría vivir en paz aunque marginada de los principales asuntos europeos.

A pesar de lo éxitos internacionales, la situación económica de la Monarquía Hispánica fue casi siempre muy inestable. Mantener la hegemonía tenía un precio elevadísimo. Castilla era el territorio que más esfuerzo realizó para el sostenimiento de la política imperial. Ello se debía a su mayor potencial económico y demográfico con respecto a los otros reinos hispánicos y también porque la autoridad monárquica estaba aquí más asentada que en los territorios de la antigua Corona de Aragón. La plata y el oro que llegaban de América eran destinados casi en exclusiva a la financiación de la política exterior y no fue aprovechada para invertir en el crecimiento del propio país. Pero ni la recaudación de impuestos ni los metales preciosos de las Indias podían cubrir los astronómicos gastos militares. Apenas llegado al trono Felipe II hubo de declarar la primera de las tres bancarrotas que sufrió el país durante su reinado¹⁰. Esta primera suspensión de pagos vino dada por las enormes deudas dejadas por Carlos V; la segunda, entre otras razones, por los gastos ocasionados por la guerra en los Países Bajos y la tercera por la disminución durante unos años de los ingresos procedentes de las colonias americanas así como una crisis agrícola que llevó pareja una bajada en la recaudación de impuestos. No deja de ser irónico que la entrada masiva de metales preciosos a España no sirviera para mejorar la situación económica del reino

⁹ El Índice de libros prohibidos databa de 1551 siendo corregido y ampliado en varias ocasiones hasta finales del siglo XVIII.

¹⁰ Ocurrieron en 1557, 1575 y 1596

sino más bien para todo lo contrario: aumento desorbitado de precios, hundimiento de las manufacturas locales, progresivo empobrecimiento de la mayoría de la población.

Finalizada la guerra con Francia, Felipe II podía volver ahora su atención tanto al Mediterráneo donde la presencia turca iba en aumento como al problema de los moriscos: población musulmana, de lengua árabe y cristianización en general poco profunda, con residencia principalmente en el antiguo reino de Granada y en Valencia. Se calcula que hacia la segunda mitad del siglo XVI más del 15 por ciento de la población española¹¹ estaba compuesta por moriscos y conversos. Los moriscos eran un sector de la población con un peso económico importante; se dedicaban principalmente a la agricultura y la artesanía. Quedando fehacientemente demostrado que algunos de ellos conspiraban con musulmanes del norte de África e incluso con la mismísima Constantinopla, cada vez fueron más vigilados pues eran vistos como una especie de “*quinta columna*” del secular enemigo musulmán. Un edicto de 1567 exigió el aprendizaje del castellano prohibiendo el uso del árabe y de ciertas costumbres islámicas. Esto condujo a un levantamiento casi inmediato en Las Alpujarras (con más de 150.000 participantes), cuya represión significó dos años de costosa guerra. Don Juan de Austria (1547-1578) hijo natural de Carlos V dirigió las operaciones militares. Los moriscos fueron dispersados por el interior del país en un intento por conseguir assimilarlos al conjunto de la sociedad. El otrora floreciente reino de Granada tardaría mucho tiempo en recuperarse tras la pérdida de un contingente de población tan significativo y que además significó un hundimiento de la economía local.

Ante la hegemonía turca en el Mediterráneo, La Monarquía Hispánica en 1560 intentó conquistar Trípoli, una de las varias plazas norteafricanas que servían de base para los ataques otomanos. La expedición terminó en un absoluto fracaso. En los años siguientes se llevó a cabo un importante esfuerzo de construcción naval que a la larga tuvo sus efectos. En 1565, los Caballeros de la Orden de Malta resistieron a la flota turca hasta que llegó la expedición española de socorro desde Sicilia. La liberación de Malta fue recibida con gran alborozo ya que era la primera victoria en mucho tiempo contra los otomanos. Este triunfo permitió que tomara cuerpo la idea de crear una gran armada multinacional que frenara de una vez el expansionismo otomano. Dos imperios se enfrentaban por el dominio del Mare Nostrum compartiendo algunos rasgos identificativos: Si Felipe II era el líder del catolicismo, Solimán el Magnífico (1494-1566) pretendía lo mismo en el mundo islámico y ambos monarcas tenían problemas

de asimilación en sus retaguardias (moriscos en España; serbios, croatas y persas en el imperio turco). La toma de Chipre por los turcos en 1570 llevó al papa Pío V a llamar a una unión de los cristianos contra la peligrosa expansión otomana. España, Venecia y el Papado se unirán en la conocida como *Santa Liga* al mando de la cual estará Juan de Austria. Se formó una gran escuadra con más de 300 naves que partió desde Italia a finales del verano de 1571 rumbo a Grecia. En uno de aquellos barcos iba un joven de 24 años, soldado desde hacía uno, con aires de poeta y espíritu aventurero que siempre se mostró orgulloso de haber participado en aquellos eventos (“...*la más alta ocasión que vieron los siglos...*”). El 7 de Octubre de 1571 la escuadra cristiana se encontró con la turca en el Golfo de Corinto, conocido como Lepanto por los otomanos, y la historia ya es sobradamente conocida: mítica y en ocasiones “mitificada” victoria cristiana sin paliativos y un Cervantes que, tras luchar con demostrada bravura¹², perdió para siempre la movilidad del brazo izquierdo. La victoria en Lepanto fue saludada por el mundo católico con gran algarabía. Pareció que el turco infiel iba por fin a doblegarse. La popularidad de Juan de Austria fue enorme. Su meta última era llegar a la mismísima Constantinopla pero la Liga se disolvió por diversas desavenencias. La victoria no fue aprovechada adecuadamente y en poco tiempo los turcos rehicieron su flota por lo que el problema turco en absoluto quedó solucionado. Bien lo sufrió el propio Cervantes en 1575 cuando, regresando a España desde Italia, su barco fue asaltado por piratas berberiscos para acabar cautivo en Argel durante cinco largos años. En cualquier caso la situación había llegado a un cierto equilibrio. Para Felipe II, con una Italia controlada, la lucha contra los turcos dejaba de ser prioritaria; era el Norte de Europa lo que exigía los mayores esfuerzos de la Monarquía Hispánica pues el Rey Prudente estaba empeñado en mantener a los Países Bajos bajo su dominio. La Sublime Puerta también empezó a tener otras prioridades geopolíticas. En 1578 el ejército turco atacó Persia para acallar un levantamiento en la zona, conflicto que se mostraría difícil de combatir. A medio plazo se produjo la firma de unas treguas hispano-turcas (1581) que no fraguarían en un tratado de paz hasta dos siglos más tarde. También disminuyó a partir de 1580 la amenaza corsaria. No obstante, aún se mantenían relaciones entre las comunidades moriscas y los poderes políticos del Norte de África y de Turquía.

Retrocediendo unos años hasta 1568 nos encontramos con el que podríamos definir como el “*annus horribilis*” de Felipe II. Su primogénito Carlos moría en circunstancias aún no aclaradas: llevaba algún tiempo recluso pues era evidente que sufría de un peligroso trastorno mental que lo incapacitaba para ser el heredero al trono. También fallecía ese

¹¹ Sobre un total aproximado de 7 500 000 de habitantes hacia 1570.

¹² Semanas después fue recompensado por el mismo Juan de Austria.

mismo año su tercera esposa y comenzó la ya comentada rebelión morisca y la sublevación de los Países Bajos. Fue este último, sin duda, el mayor problema en la política interior del Rey Prudente; un conflicto que perduró durante tres reinados y casi 80 años causando una sangría terrible para las finanzas españolas. Realmente la unión de aquellos territorios a la Monarquía Hispánica era una anomalía pues prácticamente nada compartían los Países Bajos con el resto de dominios imperiales pero su importancia era mucha para los intereses españoles ya que desde allí se podía controlar a rivales tan importantes como Francia, Inglaterra y los protestantes alemanes siendo además el centro de las finanzas de la época. Cuando Carlos V abdicó, en los Países Bajos abundaban la desconfianza social y las inquietudes autonomistas, lo que vino a chocar con el carácter autoritario del nuevo monarca que además era un inflexible en materia religiosa. El calvinismo avanzaba por aquellos territorios y ya aceptado por la burguesía, comenzó a calar entre los miembros de la baja nobleza. Al mezclarse el factor nacionalista con el religioso el problema se hacía más evidente para los católicos que debían elegir entre obedecer al rey que defendía su religión pero que no respetaba sus derechos o apoyar a los rebeldes que defendían su libertad pero atacaban su religión. La actitud de firme intransigencia de Felipe II agravó la situación en muy poco tiempo (aplicación de los acuerdos de Trento, implantación de la Inquisición, etcétera). El sentimiento nacionalista fue en aumento liderado por Guillermo de Nassau, gobernador de Holanda y por el conde de Egmont, gobernador de Flandes. Las subidas de impuestos y alzas de precios, unidos a varios años de malas cosechas, terminarán por estallar en un conflicto extremadamente complejo. En 1566 el populacho se amotinó cometiendo toda clase de excesos. La determinación del III duque de Alba (1507-1582) permite acabar con la revuelta en poco tiempo. Pero Alba, un excelente militar, fue un pésimo político y aún peor diplomático que, siguiendo las directrices de Felipe II, llevó a cabo una terrible represión religiosa y política¹³. Evidentemente esto acabó por avivar más aún el incendio de la revolución. En este tenso ambiente, Felipe II comete el error de introducir nuevos impuestos, gravando el comercio, con lo que se unen a la protesta los más pudientes y poderosos burgueses. El conflicto comenzaba a enquistarse. Ante las protestas de los consejos, Felipe II se decidió por destituir a Alba. Nombró a Luis de Requesens (1528-1576), que a pesar de heredar una situación insostenible era partidario de la moderación. pero, siguiendo las instrucciones del rey, tuvo que proseguir la guerra contra los sublevados, con un ejército indisciplinado y falto de recursos. Al declarar Felipe nuevamente la bancarrota en septiembre de

1575 la situación se torna realmente complicada. Los soldados, hartos de esperar su paga durante más de un año, se amotinan y saquean la ciudad de Amberes, la más rica de los Países Bajos, en noviembre de 1576 con tal brutalidad que aquellos hechos han pasado a la historia como “*la furia española*”, otro capítulo más en la triste leyenda negra de la hegemonía hispánica. Hasta 1579 la situación fue realmente caótica para que, a partir de esa fecha, se multiplicaran los éxitos españoles aunque no se consiguió la pacificación definitiva. Finalmente, ya al final de su reinado, en 1597, Felipe II hubo de reconocer de manera implícita la independencia de la parte norte de los Países Bajos (las llamadas Provincias Unidas) al cederlos a su hija Isabel Clara, esposa del Archiduque Alberto de Austria. El sur católico (que hoy viene a coincidir con la actual Bélgica) continuó bajo control directo de la Monarquía. Flandes le costó muy caro a España, que nunca se resignó a perder aquellos territorios. Y es que los conflictos continuaron mucho después de la muerte de Felipe II; poner “*una pica en Flandes*” era costosísimo para las arcas de la Corona. La larga guerra en los Países Bajos fue, sin duda, una de las causas del fin de la hegemonía española.

En cualquier caso el período de tiempo que va desde 1570 hasta 1588 fue globalmente positivo para el imperio hispánico. La compleja e intensa política matrimonial seguida desde el comienzo de los tiempos modernos por los Reyes Católicos y sus sucesores los Habsburgo con la casa portuguesa de Avis, dio su fruto con Felipe II (hijo de una princesa portuguesa) reconocido en 1581 como Felipe I de Portugal, tras vencer a otros candidatos. En 1577 el joven rey luso Sebastián I, sobrino de Felipe II, idealista rebosante de misticismo, fabulaba con la idea de una cruzada portuguesa en el norte de África donde nuestros vecinos tenían intereses desde hacía siglos. Su tío trató de convencerle para no llevar a cabo aquella acción temeraria pero en el verano de 1578 el inconsciente monarca lideró una aventura norteafricana condenada al fracaso pues el pequeño Portugal no estaba preparado para una operación bélica de gran envergadura que además no fue preparada correctamente. La flor y nata de la nobleza lusa siguió al rey en su afán expansionista y el resultado fue desastroso. Sebastián y gran parte de la aristocracia portuguesa fueron aniquilados en Alcazarquivir por un ejército bereber más numeroso y preparado. Como el rey no dejó herederos el trono lo ocupó su anciano tío abuelo, el cardenal Enrique, que, poco después, falleció. Felipe hizo entonces valer sus derechos dinásticos. La opinión pública del país vecino se mostraba muy dividida ya que, en líneas generales, los sectores sociales más relevantes del país apoyaban a Felipe II. En cambio las clases populares, de larga tradición anticastellana, apoyaban mantener un Portugal libre con Don Antonio, prior de Crato, como nuevo rey. Felipe II decidió resolver la cuestión por las armas situando tropas castellananas en la frontera. Las Cortes de Thomar de 1581 zanjaron

¹³ Alba creó el “Tribunal de los tumultos” en 1567, conocido por los holandeses como el “Tribunal de la sangre”. Dicho tribunal ejecutó a unos mil rebeldes y confiscó propiedades a más de 12.000 personas. La dureza de esta institución forma parte de la “leyenda negra” de Felipe II.

el problema y el rey español lograba la tan ansiada unión peninsular incorporando a sus dominios el enorme imperio colonial portugués, extendido por África, Asia y América; aunque debemos remarcar que se trató de una unión personal, similar a la que había presidido la formación de la monarquía hispánica con los Reyes Católicos. Portugal mantuvo sus propias leyes privativas de manera similar al resto de los diversos territorios peninsulares. Felipe II logró reunir bajo su soberanía la mayor cantidad de territorios que ha conseguido rey alguno. Portugal le proporcionaba, además, una amplia fachada atlántica en un momento en el que el desplazamiento del grueso de la actividad internacional tanto política como económica al Atlántico era un hecho indiscutible. No cabía duda: en los dominios del Rey de España “*no se ponía el sol*”. Ahora bien, Felipe II desaprovechó la gran oportunidad de dirigir desde el litoral portugués su política internacional y consolidar su posición en estos nuevos dominios. Algunos de sus más directos consejeros le recomendaron convertir a Lisboa en la nueva capital de sus vastísimos dominios. Si esto se hubiera materializado quizá la historia posterior de la Península Ibérica habría sido muy distinta. La salida del Rey, sin retorno, de Portugal en 1583 alejaría al monarca de sus súbditos lusitanos. La unión peninsular se mantuvo hasta 1640. Por cierto, nuestro querido Cervantes, liberado hacía poco tiempo de su cautiverio argelino, se presentó en 1581 en Lisboa con la idea de conseguir un cargo en las Indias. Solo obtuvo llevar a cabo una oscura misión diplomática a Orán. Maldita la gracia que le haría volver a pisar territorio norteafricano tras sus padecimientos en Argel...

Pacificada Italia, alcanzada la unión peninsular y con una Francia que no podía enfrentarse a España debido a sus problemas internos, al Rey Católico le surgirá un nuevo enemigo: Inglaterra. La lucha armada anglo-española constituye sin duda el episodio que mejor diferencia a escala internacional las dos mitades del siglo XVI. Frente al reinado de Carlos V, caracterizado por el predominio de la amistad hispano-inglesa, el de Felipe II desembocó en guerra abierta y sin cuartel. Tanto Felipe II como Isabel I (1558-1603) mantuvieron al principio de sus respectivos reinados una política de no beligerancia mutua. Esta situación cambiará por dos cuestiones clave: El exilio de la depuesta reina de Escocia, la católica María Estuardo, en Inglaterra hizo albergar esperanzas a la oposición político-religiosa a Isabel sobre la posibilidad de que María pudiese llegar a ocupar el trono de Inglaterra. La excomunión de Isabel I, que Felipe II había tratado de evitar, situó a la “*Reina Virgen*” en una incómoda posición, ya que esto liberaba a sus súbditos católicos del juramento de fidelidad a ella prestado. Se organizaron diversas conspiraciones, en alguna de las cuales estuvieron implicados los embajadores españoles. Las cada vez más complejas relaciones hispano-inglesas fueron fomentadas también por Inglaterra que apoyó operaciones de saqueo contra las posiciones

españolas en el Nuevo Mundo. Un importante motivo de fricción entre Inglaterra y la Monarquía Católica durante los años siguientes fueron los intentos ingleses de quebrar el monopolio comercial español en América. John Hawkins llevó a cabo, entre 1562 y 1568 varias expediciones negreras al Caribe con grandes beneficios, pero a su retorno fue derrotado en San Juan de Ulúa y tuvo que volver únicamente con dos barcos. A partir de 1571 las incursiones inglesas se hicieron más audaces, especialmente por Francis Drake (1543-1596) en Panamá, antes de dar su célebre vuelta al mundo. En cualquier caso, estas intromisiones de los ingleses nunca pusieron en peligro serio el dominio español en América. Fue en el tablero europeo donde las relaciones entre ambos reinos realmente se quebraron. Los grandes éxitos que la Monarquía Católica había ido cosechando desde 1570 habían asustado a Inglaterra, por lo que Isabel se decide a intervenir directamente en los Países Bajos a favor de los rebeldes a partir de 1585. Una expedición inglesa con varios miles de soldados cruza el canal con el objetivo de hostigar a los españoles, al tiempo que Drake es autorizado a represaliar a los barcos españoles por el embargo de los barcos ingleses en puertos españoles. Drake ataca Vigo, Santo Domingo, Cádiz y Cartagena de Indias. Felipe II decretó el embargo de buques ingleses en puertos españoles, respondiendo de la misma forma Isabel I respecto a los navíos españoles. El monarca español decidió entonces la invasión de Inglaterra. Idea descabellada y poco meditada, algo sorprendente teniendo en cuenta la cautela con la que normalmente Felipe II valoraba las grandes decisiones de estado. Una empresa de tan hondo calado exigía unos largos y complejos preparativos. De esta forma el factor sorpresa acabó por perderse. Cervantes tuvo una modestísima participación en esta tarea pues fue comisionado en tierras de Andalucía para la provisión de trigo para la conocida como “*La Grande y Felicísima Armada*”¹⁴. Y así continuó durante varios años realizando acopio de bastimentos diversos por la España meridional, una tarea que prácticamente solo le trajo quebraderos de cabeza amén de alguna que otra estancia entre rejas.

Mucho se ha escrito sobre el fracaso de la invasión de Inglaterra. Y en demasiadas ocasiones de manera partidista. La escuadra española tuvo problemas desde que se puso en marcha en mayo de 1588. Las adversidades climáticas, una mala dirección de los jefes de la expedición y la acertada defensa de los ingleses dieron como resultado la derrota de la Armada pero en absoluto se produjo su completa aniquilación. El fracaso de la Armada constituyó un enorme choque emocional para España, ya que se contaba con el apoyo divino para una empresa de esas características y se esperaba la victoria, si bien sus pérdidas no fueron tan grandes como a veces se ha dicho: aproximadamente el 75 %

¹⁴ El sobrenombre de “Invencible” fue invención posterior de los ingleses.

de los navíos que componían la flota regresaron a puertos españoles y en ningún caso el poder de los mares pasó a manos de los ingleses. Sí, la derrota no admitía paliativos pues no se logró el objetivo perseguido, pero la recuperación de la flota española fue rápida. El fracaso de la contraofensiva inglesa sobre La Coruña y Lisboa en 1589, demostraría la dificultad de una invasión por mar de la península. En 1591 la poderosa escuadra española se enfrentaba con éxito a la inglesa cerca de las Azores. Fue en lo que llamaríamos hoy el campo de la “propaganda” donde la victoria inglesa fue absoluta pues Londres presentó el fracaso de la Armada como un enorme triunfo, la demostración de que el Rey Católico era perfectamente derrotable. A partir de entonces se fue imponiendo la forma de ver el mundo desde el punto de vista protestante como una ideología superior. La Leyenda Negra tomó carta de naturaleza presentando a España durante siglos como un país barbarizado e ingobernable, incapacitado para funcionar como pueblo moderno, culto y avanzado. Curiosamente esa propaganda protestante no solo enraizó con fuerza en buena parte de Europa sino también en la misma España donde ha gozado de una sorprendente buena salud hasta nuestros días. No cabe duda, fue en la batalla de las “ideas” donde los numerosos enemigos de la Monarquía Hispánica sacaron el máximo rendimiento a la derrota de la Armada...

Los últimos años del reinado de Felipe II fueron muy complejos:

- Se produjeron varias crisis agrícolas causadas por un clima adverso.
- Uno de sus hombres de confianza, Antonio Pérez, anduvo mezclado en el asesinato años atrás del secretario personal de Juan de Austria al parecer con la connivencia del propio rey. Aragonés de nacimiento, en 1590 huyó a Zaragoza donde se acogió a la protección de los fueros y de varios nobles aragoneses. Felipe II se apoyó en la Inquisición para atrapar a Pérez, lo que derivó en una grave crisis por la defensa de los tradicionales fueros aragoneses. Antonio Pérez huyó al extranjero donde anduvo durante años intrigando contra España.
- Tercera bancarrota y saqueo de Cádiz por los ingleses en 1596.
- Nuevo intento de invasión de Inglaterra, acabado en fracaso en 1597.

El Rey Prudente dejaba este mundo el 13 de septiembre de 1598 tras haber sobrevivido a casi todos sus hijos. Con él terminaba una época única y los indicios del fin del poderío hispánico empezaban a ser visibles para algunos intelectuales del país. Cervantes, por aquel entonces en Sevilla, dedicó al túmulo funerario que se levantó en la capital hispalense un famoso soneto donde dejaba entrever

con irónica maestría lo fatuo de aquel imperio que iniciaba su lento declinar¹⁵.

Aquel siglo XVI a punto de fenecer había visto llegar y consolidarse en España las formas y pensamientos renacentistas en sus primeras décadas dejando ejemplos magníficos en diversas disciplinas del arte y el saber: la poesía de Garcilaso, San Juan de la Cruz y Santa Teresa, el teatro de Lope de Rueda, la pintura del Greco, el pensamiento de grandes humanistas, la arquitectura de Juan de Herrera, etcétera. El castellano se convirtió en lengua de prestigio internacional. Estos grandes nombres de la cultura hispánica anunciaban a los grandes artistas y literatos del siglo siguiente ya en pleno Barroco donde la decadencia política no trajo consigo, afortunadamente, una paralela decadencia cultural.

3. Felipe III y la “Pax hispanica”

Cervantes tenía ya 51 años¹⁶ cuando ascendió al trono Felipe III, apodado el Piadoso y posiblemente el monarca más indolente de la historia de España. Fue el primero de los reyes conocidos como “Austrias Menores”, monarcas muchos menos capaces que Carlos V o Felipe II. Era un joven de apenas 20 años, escaso de inteligencia y personalidad que dejó de inmediato el ejercicio del poder en manos de Francisco Sandoval (1553-1625), Duque de Lerma, desde 1599. Se inicia así la costumbre de delegar la acción de gobierno por parte de los reyes en hombres de confianza conocidos como “validos”. La principal virtud de Lerma para alcanzar tan alto cargo se limitó a su larga amistad con el nuevo rey. Lerma se marcó como primer objetivo político liberar a España de sus compromisos imperiales en el Norte y centro de Europa buscando alcanzar la paz en los varios frentes abiertos. Ahora bien, esta loable y necesaria política de pacificación internacional no llevó parejas una serie de actuaciones encaminadas ni a aliviar la presión fiscal al pobre contribuyente ni a practicar el ahorro y la reforma urgentes que la Monarquía Católica necesitaba. Lerma quiso el poder para adquirir prestigio y riqueza. Fue, como diríamos hoy, un corrupto en toda regla que tejió una densa red de intereses clientelares alrededor de su persona. En 1601 decidió, aprovechando que el rey odiaba Madrid, trasladar la Corte a Valladolid. Era una maniobra dirigida a incrementar su poder personal, su influencia y sus propiedades. Fue un ejercicio flagrante de irresponsabilidad muy criticado por los contemporáneos. Madrid recuperó su estatus de capitalidad en 1606 pero los gastos y trastornos ocasionados fueron enormes. Hasta 1618 Lerma actuó con total libertad aumentando su riqueza e impopularidad a partes iguales. Cervantes siguió a la Corte a la ciudad del Pisuerga en 1603 y

¹⁵ El popular soneto empieza así: “Voto a Dios que me espanta esta grandeza...”

¹⁶ Es decir, para los estándares de la época ya era casi un anciano.

posiblemente en las navidades de 1604 algunos vallisoletanos pudieron disfrutar con una versión corta de *El Quijote*. A principios del año siguiente salió de la imprenta la versión completa, convertida en éxito editorial casi inmediatamente. Cervantes había alcanzado la popularidad, aunque no riqueza, pues siguió siendo pobre hasta el día de su muerte. Ahora bien, en los diez últimos años de vida que le quedaban de su pluma saldrá lo mejor de su producción literaria incluyendo la segunda parte de *El Quijote* en 1615. Cuando la corte regresó a Madrid Cervantes también lo hizo para no volver a abandonar la villa.

La política pacifista de Lerma se plasmó en la firma de tratados con Inglaterra en 1604¹⁷ y con las Provincias Unidas en 1609. Fueron aquellos los años de la llamada “*pax hispanica*” en los que la Monarquía Católica llegó alcanzar su máxima extensión territorial cuando se incorporaron algunas pequeñas nuevas posesiones. La tranquilidad en el exterior permitió acometer algunas decisiones en el interior. Uno de los acontecimientos más señeros del reinado de Felipe III fue la expulsión de los moriscos en 1609. Mucho se ha debatido sobre este acontecimiento. Expulsar a los moriscos suponía liberar a España de un grupo al que desde hacía tiempo se consideraba como un enemigo nacional asestando a la vez un golpe a favor de la ortodoxia religiosa. El problema fundamental que planteaban los moriscos era el de la integración. Seguían formando un mundo aparte, con su propia lengua, religión y formas de vida propias basadas en la ley islámica. En Aragón y en Valencia constituían una auténtica cuña del islam en España, resistente tanto a la cristianización como a la hispanización; los moriscos disponían de sus propios líderes, sus ricos y sus pobres, todos ellos inmunes a la integración. Y dado que su auténtica patria espiritual estaba fuera de la Península Ibérica, existían fundadas sospechas de que ocurría lo mismo respecto a su lealtad política. Tanto la intelectualidad española como el Consejo de Estado estaban divididos frente a la idea de la expulsión. Finalmente en abril de 1609 la decisión de llevar a cabo la expulsión general de toda la población morisca fue tomada. Más de 300.000 personas fueron forzadas al exilio. La gran mayoría de ellos residían en Aragón y Valencia (20 % y 33 % respectivamente de la población total de esos territorios). El proceso de expulsión fue largo, complejo y no exento de conflictos armados¹⁸. Desde el punto de vista administrativo la expulsión de los moriscos demostró el alto nivel de eficacia de la burocracia española. En los planos económico y demográfico supuso un grave descalabro en los territorios de la antigua Corona de Aragón. Pero en su momento no se valoró de manera tan negativa. De

esta forma Castilla, donde el número de moriscos era mucho menor y por lo tanto las consecuencias de su marcha no supuso ningún quebranto grave, alcanzaba aún más importancia con respecto a los otros elementos que formaban el Reino.

Durante el reinado de Felipe III continuó el empobrecimiento general de la sociedad española. La economía nacional dependía en exceso de las remesas americanas. El proceso inflacionista era galopante. En 1607 se declaró la bancarrota de la cual se salió con la venta de “*juros*”, es decir, emitiendo deuda pública a cambio de créditos. El abuso en la emisión de estos juros fue práctica habitual durante todo el siglo XVII. Otra forma de financiación de la cual el Estado abusó con frecuencia fue la venta de cargos públicos. Se crearon miles de oficios gubernamentales simplemente para obtener ingresos por su venta. El “*trapicheo*” de juros y oficios sería, avanzado el siglo, una de las directrices económicas habituales. Y mientras la Península Ibérica se estancaba en lo económico, los territorios americanos mostraban una vitalidad cada vez mayor. De allí procedía la base de las finanzas de la Monarquía y hacia allí ponían los ojos muchos españoles viendo el Nuevo Mundo como una de las poquísimas salidas de la pobreza. En un país donde el trabajo manual estaba mal visto y donde la actividad manufacturera estaba casi arruinada las salidas para el súbdito sin privilegios por nacimiento se limitaban al ejército, la burocracia, tomar los hábitos religiosos, vivir de la picaresca¹⁹ o “*pasar a Indias*” en busca de fortuna. Mientras otros países de Europa aumentaban lentamente su población en España ocurriría justamente lo contrario; hacia 1650 se había pasado de 8 a 7 millones de habitantes. Una sangría achacable entre otras causas al estado general de guerra que comenzó hacia 1618, prolongándose durante décadas, a la marcha de los moriscos (que en general eran bastante prolíficos), al ambiente general de crisis y, en menor medida, a la emigración a América.

Al igual que en el resto de estados del Antiguo Régimen la española era una sociedad estamental con grupos sociales claramente diferenciados. Por un lado estaba el grupo de los privilegiados formado por la aristocracia y el clero. Se trataba de un grupo heterogéneo; en la cúspide social se hallaban la alta nobleza y el alto clero. Disponían de enormes propiedades siendo cada vez más ricos y poderosos mientras buena parte de la baja nobleza estaba arruinada. Eran los “*hijosdalgo*” o “*hidalgos*”, algunos pobríssimos pero aun así libres por linaje o nombramiento real del pago de impuestos. El número de miembros del bajo clero iba en aumento debido a que profesar una vocación religiosa estaba abierto a

¹⁷ Las grandes fiestas que se celebraron por aquel acuerdo de paz supusieron un gasto enorme, ejemplo del absurdo despilfarro que practicó Lerma durante su privanza.

¹⁸ La mayoría de los moriscos acabó en el Norte de África donde su asimilación no fue fácil.

¹⁹ El pícaro se convirtió en un arquetípico personaje nacional genialmente reflejado en diversas novelas desde “*El Lazarillo de Tormes*”, publicada todavía en pleno Renacimiento, o en el “*Guzmán de Alfarache*” (obra de Mateo Alemán) y el “*El Buscón*” (escrita por Quevedo).

cualquier miembro de la sociedad y permitía evitar el pago de impuestos. El tercer estamento carecía, por la ley, de privilegios jurídicos. Sobre él recaía el peso de la financiación del Estado mediante una carga impositiva cada vez más pesada. Estaba formado por una variada suma de grupos sociales carentes de derechos y con diversas actividades y situaciones económicas. El campesinado, la inmensa mayoría de la población, se encontraba todavía sometido al régimen señorial. Entre el rey y los señores se apropiaban de la mayor parte de sus ingresos por lo que a veces la preocupación por la propia subsistencia se convertía en la única inquietud vital del campesino. La pequeña y débil burguesía, dedicada a actividades mercantiles y manufactureras, no disponía de la suficiente capacidad para impulsar cambios en esta estructura social fuertemente rígida y estratificada. Al margen de la sociedad quedaban los numerosos mendigos y los fuera de la ley (el bandolerismo en diversas zonas de Aragón y Cataluña era un problema endémico).

En definitiva, aquella España de principios del siglo XVII era bien distinta a la de unas décadas anteriores. El espíritu imperial y de conquista ya había pasado a mejor vida. Ahora era el tiempo de las fastuosas celebraciones barrocas (autos de fe, procesiones religiosas, festejos por el nacimiento de un heredero o la visita de un dignatario extranjero, cualquier excusa era buena para tirar la casa por la ventana), de disfrutar de los espectáculos teatrales en los cuales Lope de Vega era el amo indiscutible de la escena; de aplicar a rajatabla el concepto barroco del “*carpe diem*”²⁰ y de la obsesión por garantizarse la salvación del alma tras la muerte. Cervantes no vio, aunque sí intuyó, como reflejó con maestría en sus últimas obras, que aquella monarquía universal a la que sirvió con orgullo en su juventud iba camino del desastre. Y no fue el único. Desde finales del siglo XVI se había ido consolidando un grupo de intelectuales conocidos como “*arbitristas*” que, siendo conscientes de los males que afectaban al imperio, trataron de aportar diversas soluciones que mejoraran la financiación económica del estado. Por desgracia pocas de esas ideas fueron llevadas a la práctica.

En 1618 se produce la destitución del duque de Lerma. Su propio hijo, el duque de Uceda, intrigó para convertirse en el nuevo valido. Su gestión al frente del gobierno tampoco fue mucho mejor que la de su padre. Felipe III falleció en 1621 cuando solo contaba 42 años de edad. Desde hacía algún tiempo soplaban desde el norte de Europa vientos de guerra. Su hijo, Felipe IV hubo de enfrentarse a ellos en una tremenda lucha contra múltiples enemigos en varios frentes: Francia, Inglaterra, las Provincias Unidas, estados protestantes alemanes, patriotas portugueses en lucha por recobrar su independencia; demasiados

²⁰ Disfrutar el momento presente pues la vida es extremadamente corta.

rivales para la Monarquía Católica. Esto acabó de manera definitiva con la hegemonía española. Algunos autores consideran que el fin de la preponderancia hispana coincide con la muerte de Felipe III; otros la retrasan a 1643 (Batalla de Rocroi, con derrota inapelable frente a una Francia recuperada tras decenios de postración) o 1648 (Paz, de Westfalia donde España pierde buena parte de sus posesiones europeas). En cualquier caso esa es ya otra historia que no toca ser contada aquí...

Volvamos atrás para despedirnos de Cervantes. Desde 1609 profesa en la Congregación de los Esclavos del Santísimo Sacramento. Le preocupa preparar adecuadamente la salvación de su alma. Sigue obteniendo cierto reconocimiento en estos últimos años de vida pero sus finanzas ya no mejorarán. No es un pobre de solemnidad pero vive con estrecheces cambiando varias veces de residencia. El 19 de abril de 1616, plenamente consciente de que el final se aproxima, concluye la despedida más hermosa que un autor haya escrito jamás, el prólogo de “*Los trabajos de Persiles y Sigismunda*”, su última obra: “*¡Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos; que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida!*”. Falleció cuatro días más tarde.

Así dijo adiós a este mundo el más grande de nuestros autores sin intuir siquiera que el porvenir lo situaría eternamente en la cúspide de la creación literaria. Conoció la mayor grandeza de su patria sin beneficiarse de ella, sino más bien sufriendola; y ya en su ancianidad fue consciente de la inevitable decadencia española. Vivió, pues, durante un tiempo “bisagra”, coincidiendo su juventud con un Renacimiento maduro y aún optimista mientras durante su madurez se imponía un Barroco más retorcido y pesimista. Aunque bien mirado, ¿no es al fin y al cabo todo momento histórico cambio, mudanza y transformación continua?

Bien escrito lo dejaría don Miguel en el Quijote: “*Cuando no estamos en la una, estamos en la otra...*”

Referencias bibliográficas

- ALVAR EZQUERRA, A. (2004): Cervantes, genio y libertad. Temas de Hoy, Madrid.
- BENNASSAR, B. (1994): La España del Siglo de Oro. Crítica, Barcelona.
- BRAUDEL, F. (1953): El Mediterráneo y el mundo Mediterráneo en la época de Felipe II. Fondo de Cultura Económica, México.
- CERVANTES SAAVEDRA, M. (1998): El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Círculo de Lectores, Barcelona.

-
- DAVIES, R. T. (1973): El gran siglo de España, 1501-1621. Akal editor, Madrid.
 - MARAVALL, J. A.: Utopía y reformismo en la España de los Austrias. Siglo XXI, Madrid (1982)
 - PENNINGTON, D. (1973): Europa en el siglo XVII". Aguilar ediciones, Madrid.
 - PÉREZ, J. (2002): La España del siglo XVI. Espasa Calpe, Madrid.